

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo XXXV. Donde se da fin a la novela del Curioso impertinente, y se cuenta la brava, y descomunal batalla que Don Quixote tuvo con unos cueros de vino tinto.

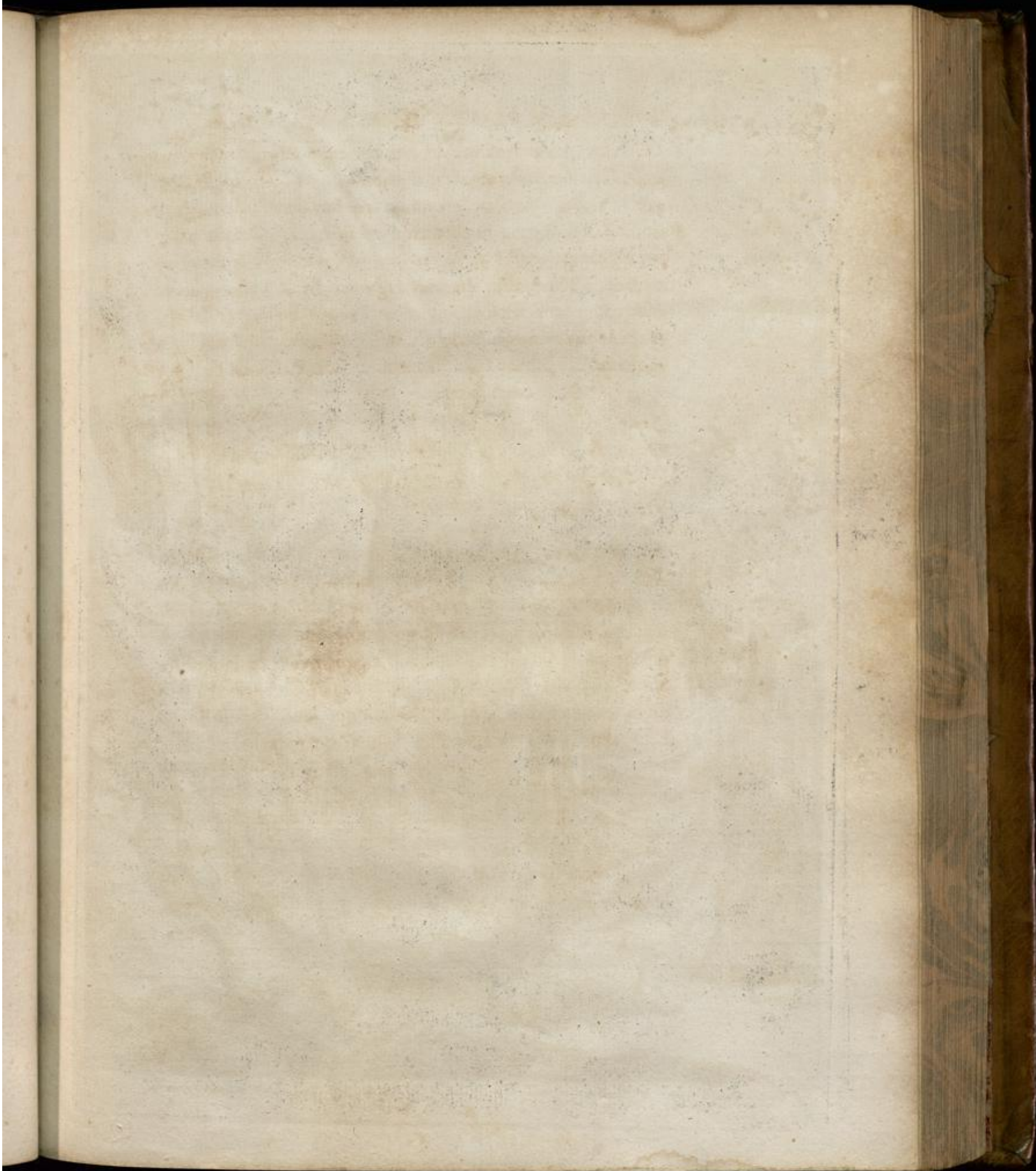
urn:nbn:de:gbv:45:1-1676

Con esto quedò Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado, que pudo avèr en el mundo. El mismo llevava por la mano à su casa, (creyendo que llevava el instrumento de su Gloria,) toda la perdicion de su fama. Recibiale Camila con rostro, al parecer, torcido, aunque con alma risueña. Durò este engaño algunos dias, hasta que al cabo de pocos meses bolviò fortuna su rueda, y saliò à plaça la maldad con tanto artificio hasta alli cubierta, y à Anselmo le costò la vida su impertinente curiosidad.

C A P I T U L O XXXV.

Donde se dà fin à la novela del Curioso impertinente, y se cuenta la brava, y descomunal batalla que Don Quixote tuvo con unos cueros de vino tinto.

POCO mas quedava por leèr de la Novela, quando del camaranchon, donde reposava Don Quixote, saliò Sancho Pança todo alborotado, diziendo à voces: Acudid, señores, presto, y focorred à mi señor, que anda embuelto en la mas reñida y travada batalla, que mis Ojos han visto. Vive Dios, que ha dado una cuchillada al Gigante enemigo de la Señora Princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercèn à cercèn, como si fuèra un nabo. Que dizes, hermano? dixo el Cura (dexando de leèr lo que de la novela quedava) Estays en vos, Sancho? Como Diablos puede ser esto que dezis, estando el Gigante dos mil Leguas de aqui? En esto oyeron un gran ruydo en el aposento, y que Don Quixote dezia à voces: Tente, ladron, malandrin, follon, que aqui te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra.





*In: Vanderbank inv: et Delin:
Vol. II. p. 121.*

Ger. Vandergucht sculp:

21

cimitarra. Y parecia que dava grandes cuchilladas por las paredes, y dixo Sancho: No tienen que pararse à escuchar, sino entren à despartir la pelèa, ò à ayudar à mi amo; aunque ya no serà menester, porque sin dũda alguna el Gigante està ya muerto, y dando cuenta à Dios de su passada, y mala vida; que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeça cortada, y cayda à un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino. Que me maten, dixo à esta fazon el ventero, si Don Quixote, ò Don Diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto, que à su cabeça estavan llenos, y el vino derramado deve de ser lo que le parece sangre à este buen hombre; y con esto entrò en el aposento, y todos tras èl, y hallaron à Don Quixote en el mas estraño trage del mundo. Estava en camisa, la qual no era tan cumplida, que por delante le acabasse de cubrir los muslos, y por detras tenia seis dedos menos. Las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello, y no nada limpias. Tenia en la cabeça un bonetillo colorado grafiento, que era del ventero. En el braço hizquierdo tenia rebuelta la manta de la cama (con quien tenia ojeriça Sancho, y èl se sabia bien el porque) y en la derecha desembaynada la espada, con la qual dava cuchilladas à todas partes, diciendo palabras, como si verdaderamente estuvièra peleando con algun Gigante: Y es lo bueno que no tenia los ojos abiertos, porque estava durmiendo, y soñando que estava en batalla con el Gigante: Que fuè tan intensa la imaginacion de la aventura que iba à fenecer, que le hizo soñar, que ya avia llegado al Reyno de Micomicon, y que ya estava en la pelèa con su enemigo; y avia

TOM. II.

R

dado



dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las dava en el Gigante, que todo el aposento estava lleno de vino: Lo qual visto por el ventero, tomò tanto enòjo, que arremetiò con Don Quixote, y à puño cerrado le començò à dar tantos golpes, que si Cardenio, y el Cura no se le quitàran, èl acabàra la guerra del Gigante; y con todo aquello no despertàva el pobre Cavallero, hasta que el barbero truxo un gran caldero de agua fria del pozo, y se lo echò por todo el cuerpo de golpe, con lo qual despertò Don Quixote, mas no con tanto acuerdo, que echàsse de ver de la manera que estava. Dorotea, que viò quan corta y futilmente estava vestido, no quiso entrar à ver la batalla de su Ayudador y de su contrario. Andàva Sancho buscando la cabeça del Gigante por todo el suelo, y como no la hallava, dixo: Ya yo-sè, que todo lo desta casa es encantamiento; que la otra vez en este mesmo lugar donde aora me hallo, me dièron muchos moxicones, y porraços, sin saber quien me los dava, y nunca pude ver à nadie: Y aora no parece por aqui esta cabeça, que vi cortar por mis mismos ojos, y la sangre corria del cuerpo como de una fuente. Que sangre, ni que fuente dizes, enemigo de Dios, y de sus santos? dixo el ventero. No ves, ladron, que la sangre, y la fuente no es otra cosa, que estos cueros que aqui estàn horadados, y el vino tinto, que nada en este aposento? que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadò. No sè nada, respondiò Sancho, solo sè, que vendrè à ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeça, se me ha de deshazer mi condado, como la fal en el agua. Y estava peor Sancho despierto, que su amo durmiendo: Tal le tenian las promessas
que

que su amo le avia hecho. El ventero se desesperava de ver la flema del escudero, y el maleficio del señor, y jurava que no avia de ser como la vez passada, que se le fuèron sin pagar; y que aora no le avian de valer los privilegios de su cavalleria, para dexar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudièssen costar las botanas, que se avian de echar à los rotos cueros. Tenia el Cura, de las manos à Don Quixote, el qual, creyendo que yà avia acabado la aventura, y que se hallava delante de la Princesa Micomicona, se hincò de rodillas delante del Cura diziendo: Bien puede la vuestra Grandeza, Alta y famosa señora, vivir de oy mas segura, que le pueda hazer mal esta mal nacida criatura; y yo tambien de oy mas soy quito de la palabra que os di, pues con el ayuda del alto Dios, y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tambien la he cumplido. No lo dixè yo? dixo, oyendo esto, Sancho; si, que no estava yo borracho: Mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al Gigante? Ciertos son los toros: Mi condado està de molde. Quien no avia de reyr con los disparates de los dos amo, y moço? Todos reyan, fino el ventero, que se dava à Sàtanas. Pero en fin tanto hizieron el barbero, Cardenio, y el cura, que con no poco trabajo dièron con Don Quixote en la cama, el qual se quedò dormido con muestras de grandissimo cansancio. Dexaronle dormir, y salièronse al portal de la venta à consolar à Sancho Pança de no aver hallado la cabeça del Gigante; aunque mas tuvièron que hazer en aplacar al ventero, que estava desesperado por la repentina muerte de sus cueros. Y la ventera dezia en voz y en grito: En mal



punto, y en hora menguada entrò en mi casa este cavallero andante, que nunca mis ojos le huvièran visto, que tan caro me cuesta. La vez passada se fuè con el coste de una noche de cena, cama, paja, y cevada para el, y para su escudero, y un rozin, y un jumento, diziendo, que era Cavallero aventurero; que mala aventura le dè Dios à el, y à quantos aventureros ay en el mundo; y que por esto no estàva obligado à pagar nada; que assi estàva escrito en los arancelès de la cavalleria andantesca; y aora por su respeto vino estotro Señor, y me llevò mi cola, y hàmela buelto con mas de dos Quartillos de Daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido. Y por fin, y remate de todo romperme mis cueros, y derramarme mi vino; que derramada le vea yo su sangre. Pues no se piense: que por los huesos de mi padre, y por el figlo de mi madre, que me lo han de pagar un quarto sobre otro, ò no me llamarìa yo como me llamo, ni serìa hija de quien soy. Estas y otras razones tales dezìa la ventera con grande enòjo, y ayudàvala su buena criada Mariornes. La hija callava, y de quando en quando se sonreya. El Cura lo foflegò todo, prometiendo de satisfazerles su pèrdida lo mejor que pudièsse, assi de los cueros, como del vino; y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hazian. Dorotea consolò à Sancho Pança, diziendole, que cada y quando, que parecièsse aver sido verdad, que su amo huvièsse descabeçado al Gigante, le prometia, en viendose pacifica en su reyno, de darle el mejor condado, que en el huvièsse. Consolòse con esto Sancho, y assegurò à la Princesa, que tuvièsse por cierto, que
el

èl avia visto la cabeça del Gigante, y que por mas señas tenia una barba, que le llegava à la cintura; y que si no parecia, era porque todo quanto en aquella casa pasava, era por via de encantamiento, como èl lo avia provado otra vez que avia posado en ella. Dorotea dixo, que assi lo creya, y que no tuvièsse pena, que todo se haria bien, y fucederia à pedir de boca. Sosssegados todos, el cura quiso acabar de leer la novèla, porque viò que faltava poco. Cardenio, Dorotea, y todos los demas le rogaron, la acabasse. El que à todos quiso dar gusto, y por el que, èl tenia de leerla, profiguiò el cuento, que assi dezia.

SUCEDIÒ, pues, que por la satisfaccion que Anselmo tenia de la bondad de Camila, vivia una vida contenta, y descuydada; y Camila de industria hazia mal rostro à Lotario, porque Anselmo entendièsse al revès la voluntad que le tenia, y para mas confirmacion de su hecho, pidiò licencia Lotario para no venir à su casa, pues claramente se mostrava la pesadumbre, que con su vista Camila recebia: Mas el engañado Anselmo le dixo, que en ninguna manera tal hizièsse. Y desta manera por mil maneras era Anselmo el fabricante de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto el que tenia Leonela de verse qualificada para con sus amores, llegò à tanto, que sin mirar à otra cosa, se iba tras èl à rienda suelta, fiada en que su señora la encubria, y aun la advertia del modo que con poco rezelo pudièsse ponerle en execucion.

EN fin una noche sintiò Anselmo passos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar à ver quien los dava, sintiò que le detenia la puerta: Cosa que le puso mas voluntad
de



de abrirla, y tanta fuerça hizo, que la abrió, y entrò dentro à tiempo que viò que un hombre faltava por la ventana à la calle; y acudiendo con presteza à alcançarle, ò cono- cerle, no pudo conseguir lo uno, ni lo otro, porque Leo- nela se abraçò con èl, diziendole: Sossiegate, Señor mio, y no te alboròtes, ni figas al que de aqui faltò, porque es cosa mia, y tanto, que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, antes ciego de enòjo, sacò la daga, y quiso herir à Leonela, diziendole, que le dixèsse la verdad, fino que la mataria. Ella con el miedo fin saber lo que se dezia, le dixo: No me mates, Señor, que yo te dirè cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dixo Anselmo, fino muerta eres. Por aora serà impossibile, dixo Leonela, segun estoy de turbada; dexame hasta Mañana, que entonces fabràs de mi lo que te ha de admirar, y està seguro, que èl que faltò por esta ventana es un mancebo desta ciudad, que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sosségòse con esto Anselmo, y quiso aguardar el termino que se le pedia, porque no pensava oyr cosa, que contra Camila fuèsse, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro; y assi se saliò del aposento, y dexò encerrada en èl à Leo- nela, diziendole, que de alli no saldrìa hasta que le dixèsse lo que tenia que dezirle. Fuè luego à ver à Camila, y à dezirle, como le dixo, todo aquello que con su donzella le avia passado, y la palabra que le avia dado de dezirle gran- des cosas, y de importancia. Si se turbò Camila, ò no, no ay paraque dezirlo, porque fuè tanto el temor que cobrò, creyendo verdaderamente, (y era de creer) que Leo- nela avia de dezir à Anselmo todo lo que sabia de su poca
fè,

fe, que no tivo animo para esperar, si fu sospecha falia falsa, ò no. Y aquella mesma noche, quando le pareció que Anselmo dormia, juntò las mejores Joyas que tenia, y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida salió de casa, y se fuè à la de Lotario, à quien contò lo que pasava, y le pidió, que la pusièsse en cobro, ò que se ausentassen los dos donde de Anselmo pudièssen estàr seguros. La confusion en que Camila puso à Lotario fuè tal, que no le sabia responder palabra, ni menos sabia resolvèrse en lo que haria. En fin acordò de llevar à Camila à un monasterio, en quien era Priora una su hermana. Consintió Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia, la llevó Lotario, y la dexò en el monasterio; y èl assimismo se ausentò luego de la ciudad sin dár parte à nadie de su ausencia.

QUANDO amaneciò, sin echàr de ver Anselmo que Camila faltava de su lado, con el desèo que tenia de saber lo que Leonela queria dezirle, se levantò, y fuè adonde la avia dexado encerrada. Abrió y entrò en el aposento, pero no hallò en èl à Leonela, solo hallò puestas unas sábanas añudadas à la ventana, indicio y seña, que por allí se avia descolgado, è ido. Bolvió luego muy triste à dezirselo à Camila, y no hallándola en la cama, ni en toda la casa, quedò assombrado. Preguntò à los criados de casa por ella, pero nadie le supo dar razon de lo que pedia. Acertò à caso, andando à buscar à Camila, que viò sus cofres abiertos, y que dellos faltavan las mas de sus joyas, y con esto acabò de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura. Y assi como estava, sin acabàrse de vestir, triste y pensativo, fuè à dar
cuenta

cuenta de su desdicha à su amigo Lotario: Mas quando no le hallò, y sus criados le dixèron, que aquella noche avia faltado de casa, y avia llevado consigo todos los dineros que tenia, pensò perder el juyzio. Y para acabàr de concluir con todo, bolviéndose a su casa, no hallò en ella ninguno de quantos criados, ni criadas tenia, fino la casa desièrta y sola. No sabia que pensàr, ni dezir, ni que hazèr, y poco à poco se le iba bolviendo el juyzio. Contemplàvase, y miràvase en un instante sin muger, sin amigo, y sin criados, desamparado, (à su parecer,) del cielo que le cubria; y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila viò su perdicion. Resolviòse en fin al cabo de una gran pieça, de irse à la aldèa de su amigo, donde avia estado quando diò lugar à que se maquinàsse toda aquella desventura. Cerrò las puertas de su casa; subiò à cavallo, y con desmayado aliento se puso en camino; y apenas hùvo andado la mitad, quando, acofiado de sus pensamientos, le fuè forçoso apearse, y arrendàr su cavallo à un arbol, à cuyo tronco se dexò caer, dando tiernos y dolorosos suspiros, y allí se estuvo hasta que casi anocheçia; y à aquella hora viò que venia un hombre à cavallo de la ciudad, y despues de avèrle saludado, le preguntò, que nuevas avia en Florencia? El ciudadano respondiò: Las mas estrañas, que muchos dias hà, se han oydo en ella, porque se dize publicamènte, que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivia à san Juan, se llevò esta noche à Camila, muger de Anselmo, el qual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la hallò el Governador descolgándose con una sàbana por las
ventanas

ventanas de la casa de Anselmo. En efeto no sè puntualmente como passò el negocio : Solo sè que toda la ciudad està admirada deste suceso ; porque no se podia esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dizen, que era tanta, que los llamavan *Los dos Amigos*. Sàbese por ventura, dixo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Camila? Ni por pienso, dixo el ciudadano, puesto que el Governador ha usado de mucha diligencia en buscarlos. A Dios vays, señor, dixo Anselmo. Con èl quedeys, respondió el ciudadano, y fuèsse.

CON tan desdichadas nuevas casi casi llegò à terminos Anselmo, no solo de perder el juyzio, sino de acabar la vida. Levantòse como pudo, y llegò à casa de su amigo, que aun no sabia su desgracia : Mas como le viò llegar amarillo, consumido, y seco, entendiò, que de algun grave mal venia fatigado. Pidiò luego Anselmo, que le acostàssen, y que le dièssen adereço de escribir. Hizose assi, y dexàronle acostado y solo, porque èl assi lo quiso, y aun, que le cerràssen la puerta. Vièndose, pues, solo, començò à cargar tanto la imaginacion de su desventura, que claramente conociò, que se le iba acabando la vida ; y assi ordenò de dexar noticia de la causa de su estraña muerte ; y començando à escribir ; antes que acabàsse de poner todo lo que queria, le faltò el aliento, y dexò la vida en las manos del dolor que le causò su curiosidad impertinente. Viendo el Señor de casa, que era yà tarde, y que Anselmo no llamava, acordò de entrar à saber si passàva adelante su indisposicion, y hallòle tendido boca à baxo, la mitad del cuerpo en la cama, y la otra mitad sobre el bufete, sobre el



qual estàva con el papel escrito y abierto, y el tenia aun la pluma en la mano. Llegòse el huesped à èl, avièndole llamado primero, y travàndole por la mano, viendo que no le respondia, y hallàndole frio, viò que estàva muerto. Admiròse, y congoxòse en gran manera, y llamò à la gente de casa para que vièssen la desgracia à Anselmo sucedida; y finalmente leyò el papel, que conociò, que de su mesma mano estàva escrito, el qual contenia estas razones.

Carta de Anselmo.

UN necio, è impertinente desèo me quitò la vida. Si las nuevas de mi muerte llegàren à los oydos de Camila, sepa, que yo la perdono; porque no estàva ella obligada de hazer milagros, ni yo tenia necesidad de querer que ella los hiziesse; y pues yo fuè el fabricador de mi deshonra, no ay para que.

HA S T A aqui escriviò Anselmo; por donde se echò de ver, que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabò la vida. Otro dia diò aviso su amigo à los parientes de Anselmo de su muerte, los quales ya sabian su desgracia, y el monasterio donde Camila estàva, casi en el termino de acompañar à su esposo en aquel forçoso viage, no por las nuevas de su muerto esposo, mas por las que supo de su ausente amigo. Dize se, que aunque se viò viuda, no quiso salir del monasterio, ni menos hazer profession de monja, hasta que de alli a muchos dias le vinièron nuevas, que Lotario avia muerto en una batalla que en aquel tiempo diò Monsieur de Lautrec al gran Capitan Gonçalo

Fernandez